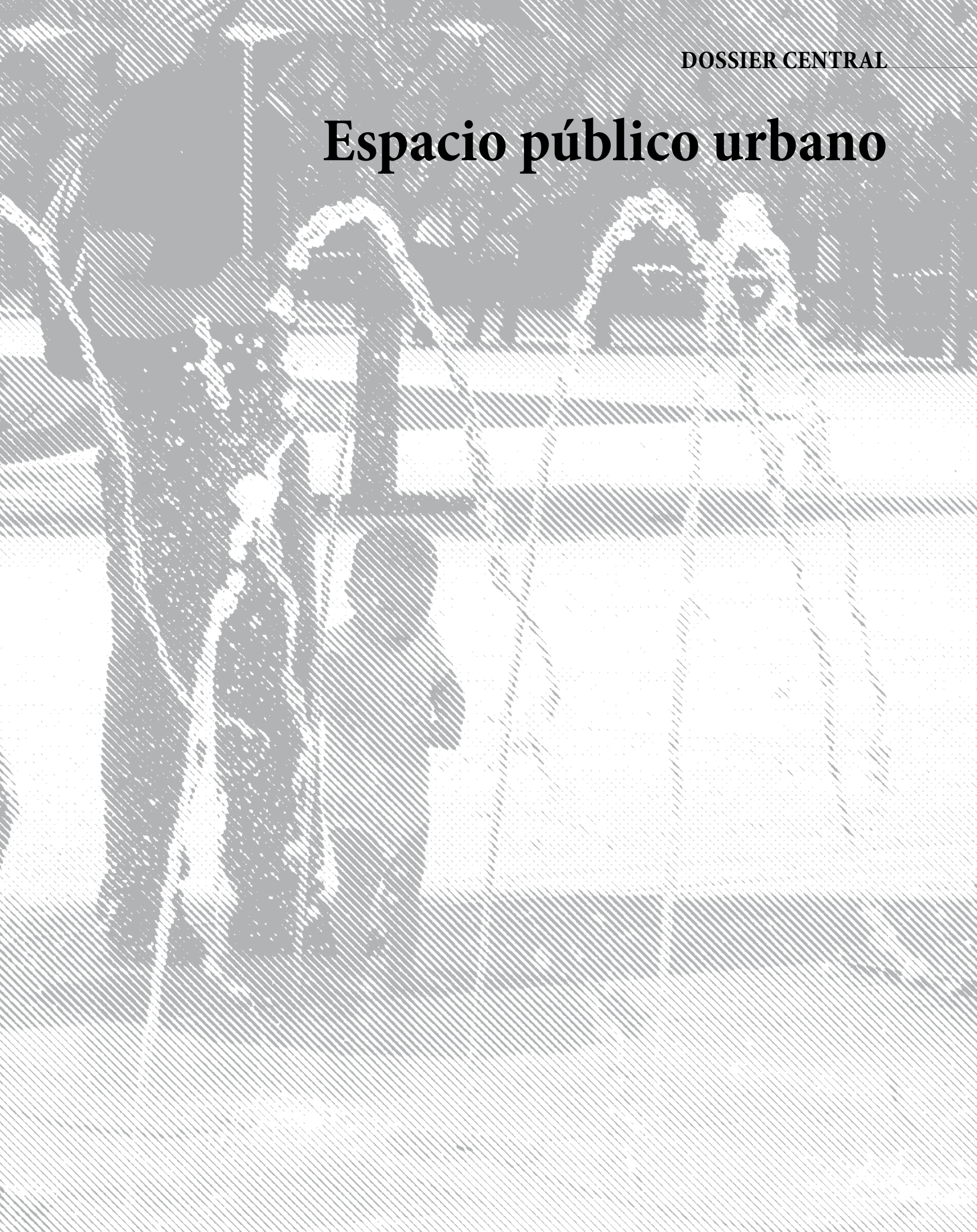




DOSSIER CENTRAL

Espacio público urbano



Naturaleza y ocupación del espacio urbano

LOS PARQUES DE LA CIUDAD

NATURE AND URBAN SPACE OCCUPATION

The city parks

Beatriz Silva Correia

Arquitecta . Magíster del Programa de Posgrado en Tecnología de la Universidad Tecnológica Federal del Paraná . Magíster de la Universidad Politécnica de Catalunya, brasileña.
 beatriz@7arquiteturas.com.

Maclovia Corrêa da Silva

Economista. Profesora del Programa de Posgrado en Tecnología de la Universidad Tecnológica Federal del Paraná . Ph. D. De la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Saó Paulo, brasileña.
 macloviasilva@utfpr.edu.br

Milton Magnabosco

Psicólogo. Magíster del Programa de Posgrado en Tecnología de la Universidad Tecnológica Federal del Paraná, brasileño
 magnamilpsi@uol.com.br

Recibido: 15 de febrero de 2009

Aprobado: 1 de febrero de 2010

Resumen

El presente artículo trata del espacio urbano público y del privado, y de la necesidad de generar íconos simbólicos para que los habitantes de una ciudad puedan construir ideas de orgullo urbano e identidad social. Nuestra evaluación conceptual ha sido aplicada en ejemplos de intervención urbana –específicamente en parques– que han producido cambios en sus vecindades. La preservación ambiental y la creación de una infraestructura han conducido a la revitalización de zonas de viviendas de baja renta, y también a la revalorización urbana y del mercado, esto, a su vez, ha modificado el sentido de identidad y orgullo urbanos de sus habitantes y de los visitantes de estos espacios públicos y privados.

Palabras clave: parques, orgullo urbano, identidad social, intervenciones urbanas.

Abstract

This paper studies the public and private urban space, and the necessity of the inhabitants to create iconic symbols to allow the configuration of urban proud and social identity. Our conceptual analysis has been applied to examples of urban intervention –to the parks particularly– that have change their surroundings. The environment preservation and the creation of the infrastructure have motivated the renewal of low rent home areas, urban and market value and have modified the urban proud and identity of inhabitants and travelers of the private and public spaces.

Key Words: parks, urban proud and social identity, urban interventions.

Introducción

En este trabajo se pretende discutir las relaciones que se establecen entre los ciudadanos y el espacio urbano público mediante la verificación del papel del simbolismo de este espacio en lo que se refiere a la identidad social. Los conceptos relacionados con una identidad simbólica del espacio urbano como formas de generar y consolidar identidades sociales urbanas, han sido los fundamentos de las discusiones del presente contenido. A partir de lo que llamamos *simbolismo del espacio*, se han examinado los orígenes del significado simbólico como expresión de poder en la construcción de un grupo social. Para que estos conceptos sean más claros, presentamos algunos ejemplos de intervenciones urbanas en espacios públicos nacionales e internacionales, observados desde la perspectiva de la revitalización de áreas de viviendas de baja renta y desprovistas de infraestructura, y de la preservación ambiental de áreas de interés social. En los dos casos se ha podido comprobar que las transformaciones territoriales han influido en el fenómeno de la revalorización urbana y del mercado, y han modificado la identidad social y cultural de las comunidades integradas a estos espacios públicos.

Orgullo urbano

El orgullo urbano se logra a partir de la imbricación entre la ciudad real y la ciudad imaginada o soñada por sus habitantes, y por aquellos que la hacen evidente, ya sean quienes están en el poder, las celebridades o los artistas (Le Goff, 1998: 119). Podríamos decir que el orgullo urbano está directamente relacionado con el concepto de identidad urbana, o identidad social. Un ejemplo de lo anterior es que si procedemos de un lugar por el cual no sentimos orgullo, no estaremos interesados en revelar nuestros orígenes.

De la misma manera que un solo vistazo a un hogar dice mucho de los gustos de la familia que lo ocupa, también una única mirada a las calles, plazas, parques y jardines de una ciudad puede revelar el valor que les otorga la sociedad que en ellos viven: “Los espacios públicos son, para empezar, los escaparates o el escenario en que la sociedad urbana se exhibe y retrata” (Soria y Puig, 1999, a).

Identidad social

Si nos sentamos en un banco de un jardín público al lado de un extraño y nos decidimos por dar inicio a una conversación amigable, con toda probabilidad, después de algún tiempo de amenidades, vendría una pregunta semejante a: “¿de dónde eres?” o “¿dónde vives?”. Los procesos que configuran y determinan la identidad social de los individuos y grupos parten, entre otros elementos, del entorno físico en el cual las personas se localizan, y constituyen un marco de referencia que establece categorías y determina una identidad social (Valera, 1993).

Podríamos, en primer lugar, partir de una definición que Henri Tajfel hace de identidad social: “es aquella parte del auto concepto de un individuo que proviene del conocimiento de su pertenencia a un grupo o grupos sociales, junto con el significado valorativo y emocional asociado a este pertenecer” (Tajfel, 1983: 292). De esta definición podemos inferir perfectamente el concepto de “entorno”, de manera que la identidad social de un individuo también puede provenir de su sentido de pertenencia a

un entorno o entornos concretos, junto con el significado emocional y de valor asociado a ese sentimiento.

En la base de esta estructura se encuentran el “pasado ambiental” del individuo y los significados de esos espacios socialmente elaborados que la persona ha ido integrando en sus relaciones espaciales. Este conjunto de percepciones que configuran la identidad del lugar y del cual el individuo no es consciente hasta que ve su identidad amenazada, le permitirá reconocer la apropiación de los entornos nuevos que se relacionan con su “pasado ambiental”, favorecer un sentido de familiaridad, tener una percepción de estabilidad en el ambiente, y le dará indicios sobre cómo actuar, determinará el grado de apropiación o la capacidad para modificar el entorno y, por último, le ayudará a tener un sentimiento de control y seguridad en relación con lo ambiental (Proshansky, Fabian y Kaminoff, 1983).

¿Por qué el espacio público?

El espacio público nunca ha sido considerado el “lado negativo” de las viviendas, y sí el “lado positivo” de las ciudades. El espacio público ha surgido y ha sido creado para ser el lugar de la asamblea, de la fiesta, de la justicia, del teatro, del trabajo, del juego, del encuentro, de la conversación, de la religión, del carnaval, de la música. La plaza medieval es un magnífico ejemplo: allí se presentaban los autos de fe, las ferias de los mejores productos locales, orgullo de los ciudadanos cuando eran invitados ilustres extranjeros. La misma plaza daba lugar al mercado. Así, nobles y vendedores, inquisidores y brujas, legumbres y caballos, se sucedían día a día, en el mismo espacio urbano. La plaza medieval, en resumen, se constituía en un lugar vital que permitía múltiples funciones, un espacio para todo tipo de actos y toda clase de ciudadanos, concretización perfecta de la equivalencia entre ciudad y espacio público.

Más allá que permitir la realización de una serie enorme de funciones, el espacio público como lugar, tuvo y aún hoy tiene, un carácter simbólico indispensable en la vida urbana. Es una referencia en la cual los ciudadanos, por un lado, se reconocen como miembros de una comunidad, encuentran y recrean su historia colectiva, y por otro, se ven confrontados con los cambios y las innovaciones, elementos esenciales de una ciudad. La plaza pública reúne el pasado, el presente y el futuro, orgullo y símbolo de la ciudad.

El espacio público y las desigualdades

Todas las ciudades europeas han sido marcadas positivamente por estos espacios aglutinadores y simbólicos, eficaces representantes y mediadores del conjunto de las ciudades. El carácter sumatorio de estos espacios públicos centrales ha sido esencial en la historia de esas ciudades. Pero ese mismo espacio público ha cumplido con otras múltiples funciones, de otra escala, distantes de la escala global de la ciudad, más cercanas al mundo de cada individuo y complementarias del espacio privado de sus casas. La calle y la plaza han sido siempre la extensión de la casa, especialmente de las casas pequeñas, las casas de los más desfavorecidos.

El espacio público al que se tiene acceso directo reequilibra, en parte, las desigualdades económicas. A través de él se articula una de las posibles vías de redistribución de riqueza. En consecuencia, el espacio público abierto nos interesa aquí en cuanto es campo de actuación para las administraciones públicas, que podrían aplicar políticas de intervención destinadas a reducir las desigualdades económicas, sociales y de calidad de vida. Como es lógico observar, el espacio público no es el único factor que contribuye a definir y mejorar los tres campos en los cuales actúa –como un contenedor activo de la sociabilidad, como valor simbólico y aglutinador colectivo y como corrector de desigualdades. Sin embargo, en todos esos casos, si la intervención en el espacio público no es suficiente, no significa no sea necesaria y justificable.

En contra del espacio público y la ciudad

Desde antes de la Primera Guerra Mundial, algunos indicios anunciaban el final de la manera de pensar el espacio público urbano que había caracterizado la segunda mitad del siglo XIX. Los primeros congresos internacionales sobre autopistas esbozaban reglas dirigidas a garantizar la seguridad y, sobre todo, la fluidez del tráfico de automóviles. Todo comenzó a ser pensado prioritariamente en función del automóvil y del conductor. Así se alteraron las relaciones de superficie entre pavimento y paseo, y lo que se consideró realmente importante fue la velocidad, que fue tenida como un valor por sí mismo e independiente de cualquier otra variable. En este sentido siguen las afirma-

ciones producidas en los foros que introducen la ideología que une inexorablemente el automóvil al progreso, donde todo es justificable para favorecer lo que es considerado prioritario: “la característica esencial del automóvil es la velocidad, e impedirla muy vigorosamente constituye una regresión en cuanto a lo que la mayor parte de nuestros contemporáneos considera, con o sin razón, como el progreso” (Espuche, 1999). Así, se puede afirmar que la vía pública, tal como el siglo XIX la había concebido, pierde su carácter multifuncional, pues había servido para distribuir los servicios públicos y para facilitar una nueva dimensión de la sociabilidad, una dimensión moderna y cosmopolita. Al reducir sus capacidades a la dimensión de circulación, la calle se convierte en una autopista y renuncia a su vocación de espacio público.

La revalorización del espacio público y la búsqueda de otras identidades

La revalorización del espacio público, que tiene lugar en algunas ciudades europeas y también en ciudades latinoamericanas, pretende mucho más que recuperar estéticamente los espacios abiertos de la ciudad. Las dificultades de estas intervenciones quedan visibles cuando las estudiamos en detalle: los grados de irreversibilidad en las actuaciones efectuadas son muy elevados pues en muchos casos corregir errores del pasado es difícil, cuando no imposible. Interferir para rectificar es siempre muy costoso!

El compromiso entre lo ideal y lo posible, por lo tanto, es lo que acabará primando. Si el compromiso y las soluciones aparecidas a medio camino resultan inevitables, las mejores iniciativas serán aquellas más flexibles, susceptibles de ser perfeccionadas con un costo aceptable. Esto conduce a que las ciudades se decidan por intervenciones que, sin retroceder en su avance, se dirijan hacia la sostenibilidad, es decir, que condicionen lo menos posible sus futuros.

“¿Existirá algún placer en que toda la gente pueda encontrarse a todo momento y en cualquier parque?”, se preguntaron, en 1866, Olmstead y Vaux, los autores del Central Park de Manhattan. “¡Existe!”, fue su respuesta, y radica en el sentimiento de alivio que experimentan quienes acceden a ellos (los parques), “al escapar de los aprietos, límites y controles de las calles de la ciudad”, al tener “sensación de mayor libertad” que producen, y

también porque la impresión es de tener un “límite indefinido” (Soria y Puig, 1999, b). En principio consideraron que era tarea del diseño interior del parque transmitir esa “impresión”. Pero luego se dijeron: ¿por qué contentarse con la “impresión” y no buscar un medio en que los parques sean realmente indefinidos y proporcionen una mayor sensación de alivio y libertad? Así vislumbraron, en 1866, la idea de un sistema de parques urbanos, y ya en 1868 propusieron y ejecutaron el primero de ellos, en la ciudad de Buffalo, Estados Unidos de América.

La naturaleza como fetiche

Nuestro aparato psíquico se constituye por la ordenación de las cosas. Al nacer, los procesos autónomos nos gobiernan y la inmadurez neurológica de entonces comienza su estructuración a fuerza de la angustia de la sobrevivencia y de las primeras gratificaciones. El mundo se divide en dos, lo bueno y lo malo, lo que satisface el hambre que duele y lo que no se obtiene en el momento de la necesidad (Klein, 1996). Las experiencias buenas y malas van haciendo trazos de memoria y ordenando el mundo guiado por las vivencias internas de las exigencias biológicas, y por las externas, de contacto y de contención que la madre propicia. Cada cosa tiene un nombre, igual pasa con las intangibles experiencias de dolor, sueño, hambre, felicidad. Esta ordenación del mundo externo, hecha especialmente a través del lenguaje, se refleja en la ordenación del mundo interno. La estructuración que da seguridad de saber lo que viene antes y después, la necesaria anticipación para prepararse para la defensa. Todo funciona como un reloj, y cuando no es así, la angustia es el primer síntoma.

La ordenación de las cosas es una necesidad psíquica. Somos clasificadores natos y todo en el mundo es clasificado según parámetros conocidos. La estructura es la organización de las cosas. Aquello que no es estructurado es caótico y el caos es algo que no sabemos manejar, pues se trata del orden de lo desconocido, de lo salvaje.

La ordenación de la naturaleza sigue este principio. Intentamos dominarla mediante su estructuración. Clasificamos los animales, vegetales y minerales según órdenes, clases, familias. Según formas, colores, sabores, olores. Según utilidad, proximidad y peligro. Y recreamos la naturaleza según nuestros criterios de selección. Construimos parques, zoológicos, herbarios y acuarios donde presentamos nuestra clasificación. Y es en esta naturaleza, ordenada, que nos sentimos seguros. El peligro está cercano, la amenaza, controlada.

Sin embargo, esta ordenación no es la naturaleza, pues ésta es desordenada por principio y sigue sus propias reglas. La naturaleza tiene leyes que no son las nuestras, que han sido identificadas a partir de la observación de los hechos. La naturaleza sigue su ritmo y rumbo independiente de nuestra voluntad y este es uno de los factores de nuestra infelicidad, conforme ha observado Freud (1929-1930). La imposibilidad de dominio absoluto sobre el orden de las cosas torna al hombre infeliz cuando él piensa que su felicidad está en el control de la vida. Pero este control es una ilusión como es ilusión la ordenación total.

El propio orden crea su desorden interno en una metáfora del funcionamiento psíquico consciente-no consciente. La ciudad, tan ordenada en su concepción rectilínea, crea bolsones desordenados, donde se instalan espacios de libertad. Son los terrenos abandonados, allí la vida salvaje toma cuenta; son los campos de fútbol, lugares consentidos, donde los niños pueden ejercer su creatividad; son los contenedores de basura urbana, y allí viven los sin techo; son los lugares de violencia, de desorden, de salvajismo, designación propia de lo que es natural.

La naturaleza conservada en el parque de la ciudad también es una ilusión en la medida en que se torna un *fetiché* de la naturaleza real. El parque es “vendido” como “naturaleza”, con jardines recortados, árboles nativos conservados y otras plantas, animales sueltos y pájaros volando. Sin embargo, nada aquí es salvaje. No hay predadores, no hay competencia. El parque es una creación, una ordenación que va desde fijar sus límites hasta determinar cuáles plantas pueden vivir en él. Y es en la definición de este orden que nos vemos reflejados. La naturaleza pasa a ser nuestro reflejo y así nos sentimos seguros en ella. Aquella otra, la que no ha sido tocada, la natural, es demasiado salvaje para que podamos admirarla y disfrutarla. Ejemplo de esto se puede extraer de los testimonios mostrados al final de este trabajo. En esta naturaleza, la del parque, es donde las personas se sienten felices, seguras, pueden caminar, hacer nuevos amigos, contemplar y todavía pueden decir que están en medio a la naturaleza. En este caso se toma la parte por el todo, definición del fetiché. La parte que no es el todo, la parte que es solamente un símbolo de la grandiosidad y de la magnitud de lo que es el mundo natural, nos satisface como representante pobre, pasteurizado en el engaño de que la felicidad está allí, en el parque, al doblar la esquina. Es una naturaleza idealizada, y su idealización pasa necesariamente por su ordenación.

En su prodigalidad, la naturaleza nos retribuye cuando podemos verla como algo preservado en nuestros parques y jardines, donde florece y vivifica. Nuestra necesidad de este contacto, de sentirnos parte integrante del mundo y de la vida, nos lleva a los parques en el intento de compartir este mismo contacto. La idea de la grandeza del lugar abierto asusta y es desafiante. Los límites a que estamos habituados y nuestra necesidad de estar en un espacio continente nos traen de vuelta, es decir, somos seres hechos para vivir en ambientes internos, con límites definidos y conocidos. Pero también somos seres sociales que comparten vivencias y experiencias, que necesitan del otro para su propia complementación, aunque el otro sea su infierno (Sartre, 1997). Es la convivencia en los parques, donde las defensas pueden alzar vuelo, pues nos permite una sensación de libertad ilusoriamente más intensa.

Barcelona, Catalunya, España

Con el final de la Guerra Civil Española, en 1936, Barcelona sufrió una fuerte ruptura con su pasado más inmediato, representado por las ambiciones y las ilusiones que habían rodeado la República de 1931. Durante los primeros años de posguerra, para compensar los largos años de penuria y represión de la nueva dictadura, la vida cotidiana de la ciudad prosiguió entre los racionamientos, acompañados de cinemas populares y fiestas de calle.

Durante la década de los años cincuenta, la Barcelona rodeada de casitas pobres y barrios periféricos vio cómo la diversificación industrial había puesto en marcha nuevos complejos, y cómo la televisión comenzaba a invadir calles y casas. Entre los principales acontecimientos de la década se pueden destacar el paro de tranvías (trenes eléctricos) de 1951 y en el Congreso Eucarístico del año siguiente.

Figura 1. La Guineueta, 1967.



Fuente: Manuel Guàrdia, 2002.

A pesar de todo, la ciudad se extendía para definir un área metropolitana que abrazaba Barcelona y 26 municipios vecinos. Una metrópoli con un centro que se degradaba, algunos barrios residenciales y comerciales, y una periferia creciente que daba lugar a grandes polígonos como Bellvitge, Sant Idelfons, La Guineueta (figura 1), El Bon Pastor, o Les Cases del Congrés. Era esa Barcelona que comenzaba a protestar y que iba absorbiendo, de manera caótica y monumental, las nuevas olas de inmigrantes.

Parque de Canyelles en Barcelona. Canyelles es el último polígono de viviendas construido en el distrito de Nou Barris. La fecha de 1974 hace que no sea casualidad que su construcción, realizada precisamente un año antes de la muerte de Franco, encerrase un período caracterizado por el desarrollo y la especulación salvaje.

Su localización, en plena montaña Collserola, y las características de su urbanización, con bloques de apartamentos enormes y una carencia casi total de infraestructuras y servicios, al principio lo convirtieron en un ejemplo perfecto del urbanismo especulativo del franquismo. Hoy en día, no obstante, Canyelles se ha convertido en uno de los barrios con más proyección del futuro del distrito, gracias a las obras de infraestructura urbana que siguieron a las múltiples intervenciones urbanísticas, a fin de convertir el barrio en un exponente digno de la ciudad de Barcelona.

Figura 2. Canyelles antes del parque.

Fuente: Manuel Guàrdia, 2002.

Iniciado en 1974 por el *Patronat Municipal de L'Habitatge*, el polígono ocupó una zona de 24 hectáreas, con dificultades topográficas, en la Sierra de Collserola. Las 2.600 habitaciones construidas dieron morada a los sin techo del núcleo de la Guineueta Vella, que ocupaban los terrenos del centro del polígono. Los vecinos reivindicaron convertir el nuevo espacio vacío (de las casitas pobres) en zona verde para el barrio. La presión vecinal consiguió que la propuesta fuera aceptada y se rechazó la idea inicial de construir un nuevo grupo de viviendas de baja densidad (figura 2).

La zona verde y de equipamientos funciona como un paseo central y permite alojar ferias y otras actividades frecuentes en el barrio de Canyelles. Se dio especial énfasis al tratamiento del relieve y de la vegetación, se respetaron los desniveles naturales del terreno y aquellos generados por extracciones de tierra anteriores a la construcción del parque. Variedad de plantas se combinaron en las grandes superficies verdes que aparecían entre los caminos interiores del parque y que facilitaron la conexión con las calles del barrio.

Figura 3. Canyelles, 1992.

Fuente: Manuel Guàrdia, 2002.

La asociación de vecinos y la municipalidad llegaron a un acuerdo sobre el futuro del nuevo espacio. Aprovechando su centralidad en relación al polígono, el ordenamiento del parque incluyó un conjunto de equipamientos:

estacionamiento subterráneo de 400 lugares para los vecinos, guardería, iglesia y un centro municipal de manutención. Además, la zona verde contribuyó para mejorar la comunicación entre los extremos del barrio, perjudicada hasta entonces por la propia configuración del terreno.

Más de 20 años después del inicio de su construcción (figuras 3 y 4), el polígono Canyelles goza de un espacio público de calidad que fue resultado, en buena parte, de la reivindicación de la comunidad local. El proyecto cumple perfectamente las funciones previstas: que el parque sea para estar y pasear, y la plaza central del barrio, un lugar de encuentro y relaciones. Canyelles se propone también, como futuro objetivo, servir de conexión entre el parque de La Guineueta y el parque de Collserola, por su privilegiada situación geográfica.

Figura 4. Canyelles, 2007.

Fuente: archivo personal Beatriz Silva Correia.

Parque de Canyelles, objetivos. El barrio de Canyelles fue el último gran polígono construido en Barcelona entre 1973 y 1978, solo es comparable a las operaciones de viviendas masificadas de la *Obra Sindical del Hogar*, durante el franquismo.

El polígono Canyelles se inició con la construcción de edificios residenciales alrededor del antiguo barrio de La Guineueta, que más tarde se expropió y sus habitantes fueron alojados en los nuevos bloques. Una vez demolidas las casas, las siguientes fases preveían la construcción de nuevos bloques y algunos equipamientos. Esta situación se mantuvo hasta 1982.

La construcción por fases y la demolición del antiguo barrio fueron posibles gracias a las reivindicaciones de sus habitantes y al nuevo contexto político, con el Ayuntamiento democrático, el cual, después de una propuesta de construcción de viviendas de baja densidad, en 1987, desistió de la construcción de más casas y destinó los 40.000 m² libres al parque y sus equipamientos. Así, sus habitantes

obtuvieron el gran espacio que había quedado vacío, lograron tener un parque y evitaron la construcción de más bloques de edificios en un barrio ya demasiado denso: 18.000 habitantes en 20 ha, lo que equivale a una densidad de 952 hab/10.000 m², o casi un habitante por cada 10 m².

La inversión municipal empezó, en 1987, con la construcción del mercado junto a la Vía Favència y la urbanización de la calle Miguel Hernández frente a una cuadra de 240 m de largo y con 10 edificios. En el mismo año negociaron la localización del nuevo Centro de Manutención Municipal, en frente a la Vía Favència que sustituyó al que existía en la Vía Icaria, trasladado a la raíz de la construcción de la Vila Olímpica. El permiso de construcción de ese edificio tenía el compromiso político de construir el parque. Las bases y el programa establecían un anteproyecto que incluía dos equipamientos más: la guardería y la iglesia, ya prevista en el plano del polígono. Durante el inicio del proyecto, y por demanda de la comunidad, se decidió, en 1988, la construcción de un estacionamiento en el sótano del parque.

Todo ese largo proceso reivindicativo defendía el derecho de vivir en la ciudad, suplió la falta de urbanización que había caracterizado a los polígonos de aquella época, e hizo posible el parque de Canyelles, que venía a recuperar lo que debería haber existido mucho tiempo antes y que los promotores habían olvidado.

Valorización de resultados. El barrio de Canyelles mantiene actualmente la misma alta densidad de hace 15 años. Los bloques de edificios son los mismos, más o menos bonitos, o completamente feos. Pero con la intervención todo cambió: existe una *ilusión* y cierto *orgullo* de los vecinos por vivir en Canyelles. Son los mismos habitantes y los mismos metros cuadrados de superficie, pero ahora esos 40.000 m² de parque ya no son un terreno yermo, sino un espacio mejor para vivir.

Los bloques no han cambiado, pero es evidente que la cara del denominado polígono es otra. El espacio público ganado no es algo en el margen de las viviendas, pues se ha conseguido que sea, en muchos sentidos, una prolongación de sus sitios de habitación. Actualmente muchos apartamentos han sido reformados buscando su revalorización y como *contagio* de la construcción de un mejor entorno que tiene como efecto mejorar la calidad de vida.

El equilibrio entre lo público y lo privado es consecuencia de la mejor relación entre las inversiones de la iniciativa privada que, en corto plazo siguen a las inver-

siones públicas en el espacio urbano. En Barcelona está comprobado, pero en Canyelles este hecho es doblemente evidente, después de tantos años de espera.

Topología de la intervención: **Parque urbano**, espacio público en polígonos.

Fecha de las obras: **1990-1995.**

Autores del proyecto: **Cinto Hom, Carles Casamor.**

Colaboradores: **Santiago Gassó.**

Dirección de obra: **Dirección de proyectos y obras,** Ayuntamiento de Barcelona.

Promotor: **Ayuntamiento de Barcelona.**

Superficie: **57.286 m².**

Simbolismo del espacio, participación y apropiación a partir del ejemplo del parque de Canyelles.

Muchas veces se presupone una mayor participación para lograr una mejor conservación del entorno (Brower, 1980). En algunos casos se ha tratado de estimular cierta participación *domesticada*, instrumentalizada a partir de los medios de poder, sin mucho éxito. Sin embargo, la participación real y profunda, aquella que parte de la acción social, puede mostrar excelentes resultados. Con base en algunos estudios realizados con métodos de observación y entrevistas con participantes de la comunidad de Canyelles, organizaciones vecinales y algunos representantes de la administración municipal fue posible identificar resultados.

Se trataba de un barrio marginal, humilde, ocupado mayoritariamente por inmigrantes con bajo nivel cultural y castigado por la falta de infraestructura. A finales de los años setenta e inicios de los ochenta, cuando la población empezó a enraizarse y vertebrarse suficientemente en el tejido social, se registró esa fuerte reivindicación vecinal para la obtención de espacios verdes, parques, plazas e infraestructura. Por esa presión de la comunidad local, aquella área, inicialmente destinada a la construcción de más viviendas de baja densidad, se transformó en un agradable parque, en el cual los vecinos participaron decididamente para lograr las transformaciones y tomar decisiones, ya fuera sobre su diseño o sobre su manutención.

Tradicionalmente se atribuye a las clases bajas cierta incapacidad de mantener el buen estado de sus espacios públicos. De hecho, la mayoría de los barrios humildes presenta un aspecto lamentable. En el caso de Canyelles, después de más de 10 años, el estado de conservación del parque es excelente, en gran medida facilitado por un fuerte nivel de control social y de protección de aquello que consideran suyo.

Diez u once años antes de la experiencia de Canyelles, en el barrio de La Capa, con una población con características sociales semejantes al primer barrio, se construyó una nueva cuadra, donde se acondicionó un espacio público. Más allá de viviendas sociales, comprende una casa asistida para la tercera edad y algunos servicios sociales municipales. Su diseño fue concebido por los arquitectos como una plaza *dura*, dominada por el cemento más que por la vegetación, y sin ninguna participación de los potenciales usuarios. Obviamente, los futuros usuarios de las nuevas casas no estaban en el lugar, pero sí estaban los de la vecindad, que fueron los primeros que utilizaron ese espacio público. En el momento en que dispusieron del espacio, éste ya había perdido totalmente su forma: la vegetación había desaparecido por completo; los espacios colaterales, formados por elementos constructivos *duros*, estaban llenos de grafitos: y se habían llevado las baldosas y los pasamanos (Pol, 1987).

¿Cómo se explican comportamientos tan distintos entre una misma población? Tal vez la estructura física, el tipo y la calidad del diseño y la construcción tienen algo que ver, pero no son suficientes para explicarlo. En el caso de Canyelles había un espacio público altamente apropiado, en La Capa no. En Canyelles se había dado un elevado nivel de acción-transformación originado en una fuerte identificación con el espacio por parte de los miembros de aquella comunidad, en La Capa no. Probablemente con el tiempo, después de dos o tres generaciones, suceda que el tejido social lo tenga integrado en su espacio simbólico como propio. El *proceso de participación surge* como factor clave del éxito e indica la potencialidad de la apropiación del espacio de Canyelles –un elemento emblemático de las posibilidades de éxito, cuando se da una acción colectiva bien orientada. Es la *construcción social del simbolismo del espacio*.

Curitiba, Paraná, Brasil

Curitiba es vista como la capital ecológica de Brasil por su compromiso y conciencia ambiental y su desarrollo urbano sostenible. El éxito de Curitiba y el reconocimiento internacional por su modelo urbanístico no habría sido posible sin el legado de un fuerte liderazgo político y la presencia de un plano innovador, que ha sido respetado y modernizado a lo largo de aproximadamente 40 años. Se trata de una ciudad que supo balancear la preservación ambiental con el desarrollo económico y social, y cuyo éxito ambiental ha atraído negocios e industrias de todo el mundo.

Los esfuerzos de esa ciudad del sur de Brasil han tenido su merecida repercusión, a pesar de que se reconoce el carácter vago y poco operativo del concepto de desarrollo sostenible, proceso cuyo fin es la sostenibilidad. Su importancia radica en que, además de considerar los derechos de los no nacidos, tiene un potencial integrador al pensar conjuntamente en problemas que antes eran analizados por separado: los cambios climáticos globales, la sobre población, la disminución forestal, el efecto invernadero, la desertificación, las necesidades básicas para la existencia humana, la pobreza del tercer mundo, el consumo per-capita y la producción masiva en los países insuficientemente industrializados.

Curitiba, la identidad que se hace urbana. El tema de la identidad urbana remite a considerar “al otro” desde diferentes niveles. En los años veinte, Cooley (1922), consciente de que la identidad se construye en la interacción con otras personas, la describe como un *self* (sí mismo) especular, y equivaldría a decir que, visto en los términos de ecología simbólica de Hunter (1987), la identidad vista desde un nivel

comunitario es construida mediante la interacción con los de fuera, para constituir comunidades simbólicas. Todas las personas participan de una red de relaciones sociales, sean espacialmente próximas o distantes. Desde esa perspectiva colectiva, ellas elaboran una concepción de sí (*self*), como estableció Mead (1934).

A partir de conceptos como los planteados, se puede concluir que Curitiba obtuvo un buen resultado en su compromiso ecológico y sostenible, al igual que en la construcción de una identidad social. Su innegable reconocimiento en los ámbitos regionales, nacionales e internacionales ha producido en su población, aquello que llamamos al comienzo de este artículo como *orgullo urbano*. Esto sucede cuando la gente es próxima o vive en las áreas premiadas con las mejores intervenciones.

Dos instituciones han sido fundamentales para este éxito –el IPPUC, Instituto de Pesquisa y Planeamiento Urbano de Curitiba y la Universidad Libre del Medio Ambiente–. Pero más fuertes y más importantes que las instituciones de gobierno, han sido la voluntad y fuerza políticas, el respaldo de su comunidad, el deseo de aplicar iniciativas visionarias y valientes. Se trata de una población que ha tomado gusto por lo inventivo, lo creativo y lo innovador.

Curitiba desarrolla en la actualidad un plan metropolitano estratégico que busca su transformación en un centro mundial de eco-tecnología. Son grandes avenidas arborizadas que atraviesan el territorio de norte a sur, y que en 2010 traerá otro diseño para barrios que circundan el área que está siendo urbanizada.

Sistema Urbano de Parques. Está compuesto por 12 parques con un área total que supera los 18 millones de metros cuadrados, 12 bosques que totalizan 589,15 metros cuadrados y más de 600 jardines públicos; el sistema de parques y jardines urbanos de Curitiba es uno de los mejores ejemplos de excelencia ambiental urbana (Cities Hub, 2002).

El proyecto de parques urbanos se inició en 1973, bajo la administración del entonces alcalde/arquitecto Jaime Lerner, y fue lanzado con el fin de proteger las riquezas naturales de la ciudad y preservar ese patrimonio de los proyectos de urbanización especulativa que frecuentemente acompañan los grandes incrementos de población. El visionario paisajista Burlle Marx, sabiamente recomendó que la ciudad de Curitiba debería continuar, en cuanto territorio, los esfuerzos para superar la tasa brasileña de 20 m² de área verde por habitante. En 1975, la ciudad tenía cerca de 40 m² de área verde por habitante, lo que coincidía con la necesidad de determinar áreas de parque lineales a cada lado de los principales ríos de Curitiba con el fin de protegerlos. Hoy en día, el excepcional sistema de parques urbanos de Curitiba ofrece más de 50 m² de área verde por habitante. Las múltiples funciones de ese sistema incluyen la protección de las regiones acuíferas, flora y fauna nativas, la creación de medios naturales de control de inundaciones, proveer ecoturismo e instalaciones de educación ambiental, y una buena cualidad de vida.

Parque Barigüi, el primero de una secuencia. En el idioma de los indios que habitaban la región antes de la fundación de Curitiba, Barigüi significaba *Río de Fruto Espinoso*. Este es el nombre de uno de los mayores parques de la ciudad, con 1,4 millones de metros cuadrados de área, y seguramente el más frecuentado. La antigua *sesmaria* perteneciente al desbravador (domador) Mateus Martins Leme fue transformada en parque en 1972. Los habitantes de la ciudad y los turistas no son los únicos que buscan

descanso o ejercicios en el parque pues en los tres bosques constituidos por pedazos de bosque primario nativo y por bosques secundarios, buscan refugio *preás, socós, garças brancas, gambás, tico-ticos, sabiás*, y docenas de otros animales nativos que hacen del Barigüi su vivienda.

Simbolismo del espacio, participación y apropiación a partir del ejemplo del Parque Barigüi. A través de las imágenes de la época de la implantación del Parque Barigüi, vislumbramos la ocupación del entorno del lago en aquél momento de su ejecución (figura 5).

Figura 5. Parque Barigüi, 1972.



Fuente: Secretaría de Parques y Plazas de Curitiba.

Al compararlas con las imágenes actuales de la región totalmente ocupada, podremos evaluar el patrón económico de esa ocupación y los efectos de las intervenciones allí realizadas. Algunos descendientes de antiguos propietarios cuentan casos memorables. Uno de ellos, el señor Foltran, dueño de un buen pedazo de terreno ubicado al frente lo que hoy es el lago, cambió, en los años 1960, un área aproximada de 600 m² por una simple nevera. Actualmente, esa misma parcela de tierra podría ser cambiada por unas 200 neveras. Esa valorización, contada aquí a título de ilustración en moneda de neveras, ha ocurrido no solamente alrededor del lago (como se puede apreciar en la imagen), sino que ha *contagiado* áreas y barrios vecinos (figura 6).

El barrio que hoy es llamado elegantemente de Ecoville (Campina del Siqueira) en su proyecto urbano tenía prevista un área para habitaciones populares. Algunos especuladores compraron grandes terrenos y los guardaron, pensando en cambios de leyes de uso del suelo. En negociaciones posteriores con la administración municipal, consiguieron algunas alteraciones en esas leyes con concesiones en las tasas de ocupación, así abrieron las posibilidades para su transformación en barrio ecológico, con edificios de clase alta y mediana alta, implantados en terrenos de grandes extensiones con vista privilegiada hacia

Figura 6. Parque Barigüi, 2004.



Fuente: Secretaría de Parques y Plazas de Curitiba.

toda la ciudad. Del parque deriva el hipermercado, que es representativo en el nuevo barrio Ecoville, del nuevo barrio deriva el nuevo *shopping mall*, y así sucesivamente...

Los testimonios mostrados al final de este texto, tomados por Rechia (2003), demuestran que cuando grupos/individuos “están juntos” en territorios significativos en las ciudades, se pueden favorecer la vida colectiva y los lazos de sociabilidad. En consecuencia, este “estar juntos” puede dar la oportunidad, más allá de un cotidiano más significativo, a una especie de mapa simbólico del movimiento de la vida, el cual conduce a los sujetos a reflejarse, en la complejidad del día a día, de forma más ligera. Es decir, “estar juntos” por medio de intercambios sociales amistosos a través del ejercicio de prácticas de interacción articuladas, especialmente, alrededor de las relaciones de amistad. Los procesos de prácticas sociales interactivas y asociativas que se presentan en el Parque Barigüi, que están cargadas de significación, se configuran en lugares propicios para la creación de raíces de experiencias comunitarias y para el reordenamiento de un vivir colectivo con calidad en las ciudades (Rechia, 2003).

La historia detrás de las historias, una “receta” de intervención urbana. Brasil vivía su dictadura militar (1964-1985). Ney Amintas de Barros Braga, entonces gobernador del Estado y profesional militar, eligió al joven arquitecto Jaime Lerner como alcalde de Curitiba. Lerner estaba bien respaldado en Brasilia y pudo “experimentar”. Tenía como aliado a un grupo de jóvenes talentosos, incluido él mismo. Algunos de ellos habían estudiado ingeniería en Curitiba y partido a París para complementar sus estudios en arquitectura.

El gobierno del general Ernesto Geisel ofrecía una gran suma de dinero que debía ser destinada exclusivamente a inversiones para infraestructura de saneamiento. La solución usual y corriente era la de “encamisar” los ríos,

poniéndoles una cubierta de hormigón. La iniciativa de ese grupo de jóvenes “revolucionarios”, influenciados por su vivencia europea, fue bastante diferente y sus intenciones también: ¡Buscaban “inventar una mejor solución”!

El argumento ante al gobierno federal fue que se estaba realizando una obra de saneamiento para contener las inundaciones que se presentaban en el centro de la ciudad. Esa fue la “ropa” con la cual vistieron sus ideas. Desde el principio sabían lo que pretendían y a donde deseaban llegar –el Sistema Urbano de Parques–. Nicolau Klupel (conocido todavía hoy como Nicolago) tuvo la idea de formar un lago alrededor del cual se haría el parque. En 1972 comenzaron las obras, el lago se configuró y surgió el parque.

La esposa del presidente Geisel, en una visita a Curitiba debía pasar por el recién constituido Parque Barigüi con el fin de verificar la debida “apropiación del pueblo”, hecho que justificaría el volumen de dinero federal entregado. Sucedió que la Curitiba de entonces, profundamente provinciana no comprendía la idea y no se había apropiado del llamado “parque”. Uno de los arquitectos del plan, a pedido del alcalde, construyó diez caiaques –una completa novedad– y reunió a diez amigos. Los convocó a que remarán en el nuevo lago todo un día con el fin de que cuando la esposa del presidente pasara por allí, pudiera apreciar, “casualmente”, esa apropiación por el pueblo, y así se justificara su inversión. La ilustre señora no pasó, y los diez grandes amigos se insolaron y estuvieron adoloridos por remar todo un día.

Para aquella Curitiba provinciana, “parque” significaba parque de atracciones: rueda gigante y, tal vez, barquitos en forma de patos con pedales. No comprendía esa porción de tierra cercada de “naturaleza”, ya que la naturaleza era todavía abundante allí. ¿Para qué? El curitibano provinciano desconfía de todo y es aquí que comienza la construcción gradual de lo que llamamos “creación de significados”.

Habían construido una pista estrecha y asfaltada alrededor del lago, que llamaron “ciclovía”. El problema era que Curitiba no tenía la costumbre de utilizar bicicleta con fines de diversión, a no ser los niños, que recibían sus bicicletas en Navidad. Sin embargo, en aquel entonces ya había un gran número de niños viviendo en pisos de apartamentos que no tenían dónde utilizar sus nuevos juguetes. Las calles se tornaban peligrosas y los niños comenzaron a ser llevados por sus padres a la nueva ciclovía del parque. La estrategia de *marketing* –que aquí es nada más que un “instrumento creador de nuevos significados”– empezó con la ciclovía. Sin embargo, el número de padres e hijos

con sus bicicletas no era suficiente para justificar la creación de un parque con tan grandes dimensiones, por lo cual fue necesario buscar nuevos significados.

Las soluciones en general están bajo a la nariz, o son lo que llamamos obvias –las personas están habituadas a hacer y no a absorber, a realizar y no a observar–. Resolver problemas es resultado de una actividad cerebral, de solo un lado del cerebro. La percepción no ocurre necesariamente en el cerebro. Éste interpreta la percepción y entonces sí puede dar dimensión y puede crear herramientas. Aquel pequeño grupo de pensadores había reflexionado suficientemente sobre lo que el curitibano provinciano era capaz de comprender. Cuando la masa está muy lejos de la comprensión de lo creado por los visionarios, solo percibe un abismo entre ella y el objeto creado. La masa tiene miedo de cruzar el abismo imaginario y se paraliza. Entonces son necesarios puentes virtuales, con elementos identificables, para inducirla y aproximarse. Esa es una de las razones de la falta de éxito de muchas intervenciones urbanas –falta de observación, incapacidad de fabricar esos puentes o mecanismos a través de los cuales se podrán entender las propuestas–. Esos puentes son las fábulas, las parábolas, las analogías.

A partir de la ciclovía fueron creados esos nuevos puentes, con nuevos significados: la cafetería, que empezó como local para las clases de estudiantes de arquitectura y sus amigos de barrio, después la cerveza en el domingo. La rueda gigante sigue en el parque hasta hoy, al lado del sombrero mejicano y de los patos-pedalitos, todavía objetos significativos de “parque” para buena parte de la población. Hoy el parque cuenta con un centro de exposiciones, espacios para ejercicios físicos, asadores distribuidos por todos los bosques, que atraen a las familias de los apartamentos, para disfrutar de su momento al “aire libre” durante el fin de semana.

En aquellos años, un famoso señor Cooper surgió en el mundo y en Curitiba, al afirmar que correr era el mejor remedio para mantener la salud y el alargamiento de la vida (más tarde afirmó que más saludable que correr era caminar, ya que él era mayor). Correr en la ciudad en medio a los automóviles y sus gases contaminantes no parece saludable. Pero si se corre alrededor de un lago sí tiene algún sentido (figura 6). Es la creación de nuevos significados –significados fabricados, puentes virtuales en dirección a la innovación-marketing.

El *marketing* en este caso no es presentado como una visión negativa, que manipula el individuo para que

Entrevistas

haga aquello que no quiere o no necesita. Al contrario, la necesidad existe, lo que no existe es la comprensión de la solución encontrada para una demanda real pero que no está identificada. Es posible decir en la historia de esta intervención, que lo que realmente importa no es el objeto, sino su significado. Si se posee un objeto y no se le atribuye un significado no tiene ningún valor. El significado es el que construye aquello que llamamos de identidad social y, en este caso particular, de orgullo urbano.

Consideraciones finales. Se han presentado aquí dos ejemplos exitosos –Canyelles, construido a partir del deseo de una comunidad que ya tenía una idea previa de sus significados y que supo mantenerlos–; y el Parque Barigüi, construido a partir de la visión de un grupo profesional privilegiado en términos de visión de mundo, para el cual los significados han tenido que ser fabricados poco a poco–. También se presentó un ejemplo de fracaso, La Capa –un espacio público creado e impuesto sin la creación de significados–. Es posible pensar que tenemos algunas recetas y modos de prepararlas, y que a partir de ellas sería fácil proponer y ejecutar proyectos semejantes en diferentes comunidades. ¿Obtendrían éxito? No necesariamente.

Para casi todo objeto que necesita quedarse en pie, dos apoyos no son suficientes, son necesarios al menos tres. Del mismo modo es necesario proceder en relación a las intervenciones urbanas, creaciones de espacios públicos: se necesitan la receta, su preparación y las analogías, que no son más que la invención de los significados. Es necesario crear estímulos formales de identificación. Aquellos que poseen la capacidad de ver mucho más adelante, tienen el deber de también mirar hacia atrás y observar, de usar toda su habilidad en la construcción de los puentes. Es gracias a una pequeña porción de visionarios, a veces considerados locos u oportunistas, que grandes ideas se han hecho realidad. Aquél que tiene la sabiduría para la creación de intervenciones fantásticas, debe también ocuparse de la elaboración de sus significados. Estos construyen la historia y con ella otra porción de otras historias¹.

Nuestro grupo está compuesto por siete personas. Nosotros hicimos amistad en el parque, caminando, después resolvimos frecuentar el gimnasio del ayuntamiento aquí en el parque [...] Hace 15 años que mantenemos nuestros lazos de amistad. Hacemos cenas, confraternizaciones de final de año, celebramos la fiesta de San Juan, todo aquí en el espacio del parque. Nuestras fiestas son realizadas allí en los asadores del bosque. Este es nuestro espacio, lo cuidamos, ayudamos a mantenerlo y lo disfrutamos (Carmen, 48 años, funcionaria pública).

Nosotras somos reconocidas aquí como las “parqueeras”. Somos cinco. Venimos aquí para conversar. Caminamos, paramos, tomamos agua de coco, hablamos de los esposos, de la empleada, de política, del trabajo, cambiamos recetas, hablamos mal de la gente, en fin este es nuestro punto de encuentro diario, después vamos a casa con la cabeza bien descansada (Neuci, ama de casa que hace parte de un grupo de señoras que frecuentan el parque desde hace 10 años).

Nuestro grupo de caminata se fue formando espontáneamente. Éramos dos, yo y mi vecina, después fuimos encontrando otras vecinas, y nos fuimos juntando, hoy somos seis. La caminata es un pretexto para encontrarnos. Este un “grupo de terapia”. Cuando alguna está con un problema, la dejamos hablar, simplemente escuchamos. A veces todas opinan o relatan un caso personal semejante lo que de cierta forma disminuye el tamaño del problema. Interactuamos mucho durante la caminata, compartimos alegrías y tristezas (Zélia, profesora jubilada).

Mi amiga y yo estamos aquí en el parque casi todos los días. Me gusta venir con ella porque más allá de ponernos todas al día en las conversaciones, hablamos un poco sobre la vida, nos desahogamos; es muy bueno tener un hombro amigo para llorar los dolores o celebrar las victorias. Somos amigas hace muchos años y el tiempo que encontramos para conversar y mantener nuestros lazos de amistad fue a través de la caminata. Unimos lo útil a lo agradable, al mismo tiempo que hacemos una actividad física, conversamos y disfrutamos de la naturaleza (Sandra, 45 años, funcionaria pública).

¹ Las historias del parque han sido contadas por Fernando Canalli, arquitecto del Instituto de Pesquisa y Planeamiento Urbano de Curitiba, IPPUC, por muchos años, y hasta hoy parte del equipo de Jaime Lerner.

Tengo 70 años, y a mi edad es difícil encontrar alguien con tiempo para conversar. Entonces vengo al parque porque sé que aquí voy a encontrar mis amigos que así como yo tienen tiempo libre durante el día para caminar. Salgo, camino y converso un poquito aquí y allí, doy una paradita, un adiós o simplemente un hola. Me siento bien aquí porque la gente se reconoce y se aproxima. Me siento aquí en la banca y paso horas contemplando la naturaleza, conversando con las personas. Creo que este parque es una maravilla porque más que eso, puedo respirar un aire un poco más puro y hacer algunos estiramientos (José, militar jubilado).

Bibliografía

- BROWER, S. (1980). "Territory in Urban Settings". En: ALTMAN et al. (ed.) *Human Behavior in the Environment: Advances in Theory and Research*, v. 4, New York: Plenum Press.
- CITIES HUB (2002). *Proyecto Cities*. Madrid, Spain: Fundación Metrópoli.
- COOLEY, C. H. [1902] (1922). *Human Nature and Social Order* (ed. revisada). New York: Scribners.
- ESPUCHE, A. G. (1999). *La Reconquesta D'Europa: Espai Públic Urbá*. Barcelona: Institut d'Edicions.
- FREUD, S. (1929-1930). *O Mal Estar na Civilização*. Coleção Standard Brasileira. Rio de Janeiro: Imago Editora.
- GUÀRDIA i BASSOLS, Manuel (2002). *Barcelona, memoria desde el cielo*. Barcelona: Lunwerg Editores.
- HUNTER, A. (1987). "The Symbolic Ecology of Suburbia". In: ALTMAN, I. & WANDERSMAN, A. (ed.) *Neighborhood and Community Environments, Human Behavior and Environment*, v. 9. New York: Plenum Press.
- KLEIN, M. (1996). *Amor, culpa e reparação*. Rio de Janeiro: Editora Imago.
- LE GOFF, J. (1998). *Por amor às cidades: conversações com Jean Lebrun*. São Paulo: Editora da Unesp.
- MEAD, G.H. (1990). *Espírito, persona y sociedad*. México: Paidós.
- POL, E. (1987). *Espaces simbòlics a priori i a posteriori*. Conferencia en el Colegio Oficial de Arquitectos de Cataluña. Sin publicar.
- PROSHANSKY, H. M.; FABIAN, A. K. & KAMINOFF, R. (1983). "Place Identity: Physical World Socialization of the Self". In: *Journal of Environmental Psychology*. Amsterdam: Elsevier.
- RECHIA, S. (2003). *Parques públicos de Curitiba: a relação cidade-natureza nas experiências de lazer*. Campinas, Brasil [s.n.]
- SARTRE, J. P. (1997). *O ser e o nada. Ensaio de Ontologia Fenomenológica*. Petrópolis-RJ: Ed. Vozes.
- SORIA Y PUIG, Arturo (1999). "El siguiente paso. Disputació de Barcelona". En: revista *Espai Public Urbá*. Barcelona: Institut d'Edicions.
- TAJFEL, H. (1983). "Psicología social y proceso social". En: TORREGROSA, J. R. y SARABIA, B. (dir.) *Perspectivas y contextos de la psicología social*. Barcelona: Hispano Europea.
- VALERA, S. (1993). *The Concept of Urban Social Identity: an Approach between Social Psychology and Environmental Psychology*. Tese doutoral no publicada. Barcelona: Universidad de Barcelona.